

Carlos V y las Comunidades

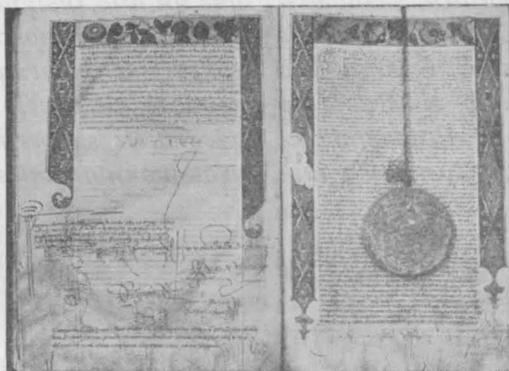
Por A. GÓMEZ CAMARERO

Antes del levantamiento de las Comunidades, se produjeron en Toledo, como en otros lugares de Castilla, algunos incidentes que lo prefiguraron. Francisco de San Román, en una de sus investigaciones, esclareció el registrado en la casa de un prebendado de la Catedral, la que luego fué Nuncio, frente a la actual Plaza de los Postes o de Amador de los Ríos, donde con anterioridad había estado situada la iglesia parroquial de San Juan Bautista. En aquel incidente, nuestro Garcilaso, entonces juvenil, desenvainó la espada contra un grupo de antagonistas de Carlos V, y por ello fué desterrado de la ciudad. «Ya apuntaba por aquellos días —afirma el ilustre e inolvidable toledano— el espíritu que había de mover más tarde a comuneros, y tal caso puede considerarse entre los hechos precursores de su alzamiento».

¡Las Comunidades y Carlos VI... Esta cuestión fué objeto siempre de diversas interpretaciones históricas. Y no fué la menos generalizada aquella que veía en las Comunidades, como en las Germanías, un movimiento de libertad, de reivindicaciones político-sociales regionales y nacionales, frente a la opresión del intrusismo extranjero, representado por el César. De ahí que el liberalismo español del viejo régimen soliese invocar el espíritu de los comuneros, sobre todo aquí, en Toledo, donde con ocasión de propagandas electorales, se airease el ejemplo de Padilla, defensor de libertades ante el supuesto sentido retardatorio y sojuzgador de la llamada reacción.

Fué curioso años atrás que un historiador ilustre y nada sospechoso de reaccionarismo, como D. Gregorio Marañón, en un ensayo sobre Juan de Padilla, su esposa D.^a María de Pacheco y los comuneros, volviese del revés aquel concepto, que ya estaba en descrédito, sobre el levantamiento castellano contra el Emperador. A su juicio, las Comunidades eran las que, en verdad, significaban las viejas ideas aferradas al régimen feudal, los privilegios de la nobleza, las reacciones contra las tendencias renovadoras, mientras que Carlos V traía los aires progresivos de fuera, las esencias modernas de Europa junto con alientos ecuménicos para España.

En el actual ciclo conmemorativo de la muerte de Carlos de Gante, no ha dejado de tocarse dentro y fuera de España, en conferencias y artículos periodísticos, el tema de los comuneros. Ha descollado esta precisión conceptual de Eugenio Montes: las Comunidades eran para España la nación, y Carlos V, el Imperio. En definitiva, viene a ser la otra tesis. Los comuneros eran la nación en su inveterada estruc-



Perdón concedido por Carlos I a las Comunidades

tura, contraída a su tono medieval, con sus castillos roqueros y palacios señoriales, sus señores y siervos, sus querellas intestinas, que frenaban su vuelo, y el emperador era la fuerza expansiva de la nación actualizada, su proyección sobre Europa para realce de lo hispánico y servicio de la cristiandad.

Si había al advenimiento del César banderías en la nación, éstas eran rivalidades

entre la propia nobleza, y no antagonismos de clase, luchas sociales, porque la organización gremial, sobre bases prósperas de artesanías domiciliarias o familiares, no daba lugar en las ciudades a ningún problema social, y las gentes de la gleba, por otra parte atendidas en sus primarias necesidades por los feudales con cierto paternalismo, resignábanse a su suerte, sin sentir todavía impulsos de redención.

En Toledo, si había contiendas, era entre los nobles, como aquellas de los Ayalas y los Silvas —los Condes de Fuensalida y los de Cifuentes—, apoyados por los gremios que respectivamente les eran adictos. Había en estas luchas apariencias de contradictorias tendencias ideales. Los Ayalas se caracterizaban por lo que hoy llamaríamos inclinación conservadora, y los Silvas, por lo que denominaríamos nosotros propensión liberal. El arte mayor de la seda, el más poderoso de Toledo, estaba al lado de los Fuensalidas, y los del ramo de construcción de parte de los Cifuentes.

¡Cuántas algaradas en Toledo al chocar estas facciones!...

Esta era la vida de Castilla cuando Carlos V la asoció a sus afanes imperiales, después de derrotar los realistas a los comuneros. Se comprende que, ante los designios universales del César, fracasase la postura localista de las Comunidades.

Y fué lástima que un magnífico caballero cristiano y gran toledano como D. Juan de Padilla, que amaba a esta ciudad y la servía como regidor, cayese en un empeño que empalidecía ante los arrestos del que había de ser considerado como Emperador de Europa.

«Esta es Castilla, que hace a los hombres y los deshace», y bien se cumplió esta socorrida exclamación del más sobresaliente jefe comunero. Tan deshizo Castilla, su misma ciudad natal —¡ay de los caídos!—, como se dijo en Esparta, que, destruída su casa, el solar fué sembrado de sal, y esa pasión de ignominia, que luego fué a parar a la puerta exterior del Puente de San Martín, quedó como un cipo denigrante en lo que hoy es Plaza de Padilla. Por la puerta del Cambrón huyó su viuda hacia Portugal, después de fra-